

PQ 6601

.L8

D5

ES PROPIEDAD

# LA DICHA AJENA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA  
el 4 de Noviembre de 1902.

32679



BIBLIOTECA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE CRÍTICO  
LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)  
QUE MURIÓ LUCHANDO POR LA BELLEZA,  
LA VERDAD Y LA JUSTICIA

## REPARTO

### PERSONAJES

GRACIA LATORRE.....  
MANOLITA.....  
SALVADORA.....  
JULIA.....  
CARMEN.....  
PAULA.....  
GONZALO VEGA.....  
JOSÉ RAMÓN.....  
DON FAUSTINO.....  
SOLANO.....  
BERRUGUETE.....  
COLMILLO.....  
POZO.....  
DON MELCHOR.....  
LOBO.....  
SARMIENTO.....  
BAUTISTA.....  
MOLERO.....  
JUAN.....  
DOMÍNGUEZ.....  
GORDILLO.....  
DANIEL.....

### ACTORES

ROSARIO PINO.  
MATILDE RODRÍGUEZ.  
EMILIA DOMÍNGUEZ.  
CARMEN MANTILLA.  
TERESA SANTIAGO.  
ROSARIO SÁNCHEZ.  
FRANCISCO MORANO.  
JOSÉ TALLAVÍ.  
JOSÉ VALLÉS.  
JOSÉ RUBIO.  
JAVIER MENDIGUCHÍA.  
RAMIRO DE LA MATA.  
JOSÉ LÓPEZ ALONSO.  
SALVADOR MORA.  
JOSÉ RUBIO.  
PEDRO SEPÚLVEDA.  
ÁNGEL SALA.  
SALVADOR MORA.  
FRANCISCO HUERTAS.  
FRANCISCO CAYUELA.  
JULIÁN CASTRO.

## PRÓLOGO

Cuarto de estudio de Gonzalo Vega en su casa de Guadalema. Puerta al foro y otra á la derecha del actor. Una mesa á la izquierda, varios estantes y muchos libros. Nada de bustos ni de estatuas simbólicas. Es de noche. Sobre la mesa un quinqué encendido y un libro abierto.

Sale JOSÉ RAMÓN por la puerta del foro, echa un vistazo al cuarto, y al ver que está solo asómase á la misma puerta y habla hacia dentro.

JOSÉ RAMÓN. Oye, tú, muchacha; que aquí no hay nadie.

PAULA. Dentro. ¿No está el señorito? Sale. Pues estaba hace dos segundos. Ya ve usted: la luz encendida y el libro abierto.

JOSÉ RAMÓN. Sí, sí. Avísale.

PAULA. ¿Y quién le digo que quiere verle?

JOSÉ RAMÓN. Dile que yo.

PAULA. Pero ¿quién es usted?

JOSÉ RAMÓN. Un amigo suyo. El que menos espera. Diselo tú así.

PAULA. Bueno. Vase por la puerta de la derecha.

José Ramón es un hombre de unos treinta y tres años, de mirada al suelo, cabello oscuro y abundante, y bigote rojizo. En el pelo de encima de la frente tiene un mechón blanco. Viste con cierto desaliño de buen gusto. Mientras Gonzalo viene, se dedica á observar el cuarto, que por cierto tiene bien poco que observar. Hojeando el libro abierto que hay sobre la mesa, dice:

JOSÉ RAMÓN. Este todavía estudia... ¡Pobrecillo! Siempre tuvo la cabeza llena de muñecos.

Sale GONZALO por la puerta de la derecha.

GONZALO. ¿Quién es?

JOSÉ RAMÓN. Yo mismo.

GONZALO. Alegremente sorprendido. ¡Muchacho! ¿Tú por estas tierras?

JOSÉ RAMÓN. Así parece.

Se abrazan.

GONZALO. Tenía razón mi criada: el que menos podía yo esperar. ¿Sabes que te encuentro muy cambiado?

JOSÉ RAMÓN. Como que lo estoy: por dentro y por fuera. Tú también has cambiado mucho.

GONZALO. Por fuera nada más. Va para cinco años que no nos vemos, Joselillo. Siéntate. ¡Carray, qué sorpresa más grata!

Se sientan los dos. Gonzalo es un mozo de pocos menos años que José Ramón, de fisonomía inteligente y vigorosa, expresión franca y finos ademanes. En su manera de vestir, modesta y sencilla, revela ingénita distinción.

JOSÉ RAMÓN. ¿Y tus padres, Gonzalo?

GONZALO. Más buenos que nunca. En la casa de junto están. ¿Y tú, tienes familia? ¿Qué te

has hecho? ¿á qué vienes á Guadalema? ¡Tenemos conversación para dos horas! ¿Ejerces?

JOSÉ RAMÓN. ¡No que no! De chupatintas, que es el paradero de todos nosotros.

GONZALO. ¿Cómo de chupatintas?

JOSÉ RAMÓN. Lo que oyes. Vengo á Guadalema, á esta insigne capital de provincia, en clase de rueda de la administración. Soy funcionario público.

GONZALO. ¿Ah, sí? Pues ¿y la carrera? ¿Qué se hizo de aquel busto de Hipócrates?

JOSÉ RAMÓN. Lo tiré por el balcón una mañana, en lugar de tirarme yo, que hubiera sido lo derecho.

GONZALO. ¡Pero, hombre!

JOSÉ RAMÓN. Me costó mucho convencerme de mi inutilidad, pero al fin y al cabo me convencí de que no sirvo para nada. Por eso pedí un destino del Gobierno.

GONZALO. ¡Caramba! ¡qué pronto te has rendido!

JOSÉ RAMÓN. ¿Pronto, dices? ¿No oyes que me costó mucho trabajo adquirir la conciencia de mi desgracia?... Sí, hijo, sí; tarde ya, llegué á persuadirme de que no tenía vocación de médico, ni aptitudes, ni entusiasmo por la carrera, ni afición á curar á nadie, sino más bien á todo lo contrario.

GONZALO. ¡Muchacho! ¡Eres otro!

JOSÉ RAMÓN. Como ser, soy el mismo; sino que un vendabal me ha vuelto del revés.

GONZALO. Pero ¿qué cosas te han pasado? Cuenta.

JOSÉ RAMÓN. Mira: en Madrid... Bueno, te advierto que á ti te hablo como á nadie; te enseño mi alma, que no está para enseñársela á todo el mundo. ¡Y á fe que necesitaba de este desahogo! En Madrid, cuando terminamos la carrera y tú te viniste con tus padres, me dió la ventolera por establecerme en un barrio para probar fortuna.

GONZALO. Sí; recuerdo que me lo decías en la única carta que me has escrito.

JOSÉ RAMÓN. Pues toma nota: á medida que yo ejercía la sagrada ciencia se iba el barrio quedando solo. Habla con amargura, y como recreándose irónicamente en ridiculizar su historia desgraciada.

GONZALO. ¡Bah! No te creo.

JOSÉ RAMÓN. Es el evangelio lo que digo. Tengo sobre mi alma la desaparición violenta de unos cuantos prójimos, entre ellos un cuñado mío. Bueno, ése bien muerto está. Si no lo mato yo, me mata él á mí á desazones, con que ¡bendita sea la ciencia! Excuso decirte que con tales triunfos acabaron por no llamarme ni en Carnaval á título de broma.

GONZALO. ¡Qué cosas tienes!

JOSÉ RAMÓN. Salté á otro barrio, como á Francia don Luis Mejía; corrí la misma suerte... y á la desesperada ya, por no pegarme un tiro, me agarré á la titular de Terriza del Campo.

GONZALO. No conozco ese pueblo.

JOSÉ RAMÓN. Pues es cosa fantástica. El alcalde vende uvas por la calle y el juez tiras bordadas y botones. Al maestro de escuela lo colgaron de un árbol por inútil, y al cura lo colgarán en breve.

Y así todo. El que está en la gloria es el médico.

GONZALO. ¿Sí, eh?

JOSÉ RAMÓN. Mil realitos de titular y poco más ó menos de iguales. Bien es verdad que casi siempre le pagan á uno en cebollas...

GONZALO. ¿En cebollas, chico?

JOSÉ RAMÓN. Es la riqueza del país.

GONZALO. ¿Durarías muy poco en esa Jauja?

JOSÉ RAMÓN. Naturalmente. Entre otras razones, porque me era imposible la competencia con un saludador á quien le llamaban el tío Pelusa. Desesperado me volví á Madrid y mandé la carrera á los demonios. Busqué trabajo, no lo encontré en seis meses, sufrí mucho... y en resolución di con mis huesos en el escritorio lóbrego y antipático de una gran casa de comercio. Yo nunca he sido muy alegre, pero allí acabó de ponérseme el alma color de ceniza. Una mañana me levanté con la bilis más revuelta que de ordinario, y en un altercado le dije á mi jefe que era un tiralíneas. Lo tomó á mal y me echó á la calle. No lo sentí. Á los pocos días, un diputado amigo mío, en pago de cierto favor que le hice en mis buenos tiempos de doctor—le maté á un prestamista,—me empleó con seis mil reales en Hacienda. Dos años después me ascendió... y aquí me tienes.

GONZALO. Cierto que es bien amarga tu vida. ¡Y cuánto deben de doler esos desengaños!...

JOSÉ RAMÓN. Duelen, duelen; y dejan mala levadura.

GONZALO. Oye, me has hablado de un cuñado tuyo, ¿verdad?

JOSÉ RAMÓN. Sí.

GONZALO. ¿Te casaste, pues?

JOSÉ RAMÓN. Y ya estoy viudo.

GONZALO. ¿Viudo ya?

JOSÉ RAMÓN. Una nueva razón para hacerme adorar la vida. Si no fuera por... *Extendiendo una mano en ademán de señalar la estatura de un niño.*

GONZALO. ¿Qué?

JOSÉ RAMÓN. *Insistiendo en el mismo ademán.* Por...

GONZALO. ¿Tienes hijos?

JOSÉ RAMÓN. Una niña. Preciosa. Ya vendrás á verla una tarde. La llamo Nela. Á su madre la llamaba lo mismo. Es... Vamos, es preciosa. Vale la pena de vivir el tenerla al lado.

GONZALO. Alguna luz había de quedarte, hombre.

JOSÉ RAMÓN. Es el único pedazo de cielo que veo desde mi calabozo. *Silencio.* ¿En qué piensas?

GONZALO. En lo doloroso de tu historia.

JOSÉ RAMÓN. ¿Se parece á la tuya?

GONZALO. En nada; pero temo que algún día pueda parecersele.

JOSÉ RAMÓN. ¿Qué te haces ahora?

GONZALO. Estudiar mucho... y soñar más.

JOSÉ RAMÓN. Ya ves en lo que paran los sueños.

GONZALO. No siempre, no siempre... Sin embargo...

JOSÉ RAMÓN. Me ha costado trabajo dar contigo: en Guadalema no te conoce nadie. ¿Cómo es eso, Gonzalo?

GONZALO. ¿Á quién has preguntado por mí?

JOSÉ RAMÓN. En el Casino pedí noticias á unos pocos.

GONZALO. Yo no voy al Casino. Apenas salgo de estas cuatro paredes.

JOSÉ RAMÓN. Entonces me explico que no te conozcan. ¿No tienes aquí amigo ninguno?

GONZALO. Casi ninguno. Ninguno, mejor dicho. ¡Bien venido seas tú!

JOSÉ RAMÓN. Pero, hombre, es extraño...

GONZALO. Es lo más natural; y cuenta que yo también te hablo á ti como á nadie. Mi padre, tú lo sabes, ha sido herrero en Guadalema. Cometió ese tremendo delito: ¡ser herrero, ya ves! Dale que le das al yunque y al martillo, en este caso sin metáfora, consiguió reunir unos cuartejos, dejó su negocio, y soñó que su hijo fuese señorito de carrera. Como no conocía más trabajos ni más sudores que los de su herrería, de esos quiso librarme, y supo hacerlo. Yo no sé si Dios se lo pagará; creo que sí; pero por si Dios no se lo paga, yo, su hijo, se lo pienso pagar. ¿Qué dices?

JOSÉ RAMÓN. Nada. Tú siempre en las estrellas.

GONZALO. Á ver si me va mejor á mí en las estrellas que á ti en el mundo.

JOSÉ RAMÓN. Á ver.

GONZALO. En el hierro que batió mi padre y en la ropa que yo visto ahora tienes la explicación de mi falta de amigos. Los muchachos con quienes jugué y entre quienes crecí, todos están en talleres y fábricas: no han cambiado de medio ambiente. Á mí me llaman entre burlas y veras «el seño-

rito». Sus costumbres, sus gustos, por ley natural, distan mucho de ser los míos: no puedo reunirme con ellos. Los otros, los que se parecen á mí en la ropa, esos me llaman, como para que no me acerque á saludarlos, «el hijo de Vega el herrero».

JOSÉ RAMÓN. Es verdad; así te nombró en el Casino quien me dijo donde vivías.

GONZALO. Ya lo ves. Así me llaman todos, y así quiero yo que me llamen siempre. Pero también aspiro á que cuando pase por la calle Vega el herrero se diga alguna vez: «ese es el padre de Gonzalo.»

JOSÉ RAMÓN. Con esfuerzo, con voz apagada, como si temiese recibir una respuesta afirmativa. Según eso, ¿trabajas de firme?

GONZALO. Lo mismo que si estuviera en la herrería.

JOSÉ RAMÓN. ¿En la carrera, por supuesto?

GONZALO. Por supuesto.

JOSÉ RAMÓN. ¿Y consigues algo?

GONZALO. Hombre, hasta ahora... No te creas; ya empiezo, ya empiezo... Y no me falta la fortuna. El otro día, por casualidad, di en casa de un obrero que tenía una chiquilla muy grave, casi desahuciada, y ¡qué demonio! tuve la suerte de sacarla á flote.

JOSÉ RAMÓN. ¡Sí que fué suerte.

GONZALO. ¿No te digo? Pues ha corrido la especie por la vecindad, y me he creado ciertas simpatías... Poquito á poco...

JOSÉ RAMÓN. ¿Sigue dándote el naipe por los chiquillos?

GONZALO. ¡Ah, sí! Por esa vereda tan bonita van mis ideales. Encuentro yo que la misión del médico, que siempre se me figura grande y noble, cuando se trata de chiquillos lleva además consigo un perfume de poesía, una aureola de delicadeza y de cariño, que advierto que tiene correspondencia dentro de mi alma. Es la vocación; no me cabe duda... Los hombres, las mujeres, te hablan de sus padecimientos, de sus heridas, de sus males: en los niños tienes que adivinarlos... Y esta condición de adivino del dolor infantil, me parece cosa tan sublime, tan alta, que creo que es un beso que da Dios en la frente de algunos hombres. ¡Si fuera yo uno de ellos!...

JOSÉ RAMÓN. Inquieto y nervioso, pero esforzándose en aparecer tranquilo. Te remontas, tú; veo que te remontas.

GONZALO. ¿Y quién no, hablando de esto? Hay que comprender todo lo que significan los niños, cuánto vale el germen que en sí llevan, para apreciar su vida justamente. Al fin y al cabo, cuando muere un hombre, joven ó viejo, realidad ó esperanza, alguna huella queda de su paso: se sabe lo que ha sido; se vislumbra lo que pudo ser... Pero ¿quién sabe lo que muere cuando muere un niño?... En fin, muchacho, veo que te estoy martirizando con mis ilusiones y mi charla. Lo comprendo: tú vienes ya de vuelta, como Don Quijote cuando se retiraba á hacer vida de pastor en su aldea, rendidos el cuerpo y el alma, y yo estoy ahora ensillando á Rocinante, probando la celada de encaje, preparando la lanza y la rodela, y soñando con Dulcinea del Toboso y el gigante Caraculiambro. ¿Qué te parece?

JOSÉ RAMÓN. Que dices bien. Se levanta.

GONZALO. ¿Te vas?

JOSÉ RAMÓN. Sí; me he detenido mucho. Me esperan.

GONZALO. Pero ¿nos hemos de reunir?

JOSÉ RAMÓN. ¡Ya lo creo!

GONZALO. ¡Mira que te he visto entrar con mucha alegría!

JOSÉ RAMÓN. Pues cuando yo he venido á buscarte...

GONZALO. Seremos los amigos de Madrid.

JOSÉ RAMÓN. Que se han juntado en Guadalema. Se abrazan. Adiós.

GONZALO. ¿Vendrás mañana? ¿Dónde vives tú?

JOSÉ RAMÓN. Aún no tengo paradero fijo. Yo vendré. Además, quiero conocer á tus padres.

GONZALO. Y yo á tu chiquilla.

JOSÉ RAMÓN. ¡Ah; ya verás!... Adiós. No te muevas.

GONZALO. ¡Pero, hombre!

JOSÉ RAMÓN. No quiero que te muevas.

GONZALO. Si vas á enfadarte...

JOSÉ RAMÓN. Me enfado, sí.

GONZALO. Pues, adiós. ¿Hasta mañana?

JOSÉ RAMÓN. Hasta mañana. Encaminándose hacia el foro. (¡Iluso! ¡Lo que te va á doler la caída!)

GONZALO. Encaminándose hacia la derecha. (¡Ya tengo un amigo en Guadalema!)

JOSÉ RAMÓN. Volviéndose desde la puerta. Adiós.

GONZALO. Lo mismo. Adiós.

FIN DEL PRÓLOGO

## ACTO PRIMERO

Sala de tertulia en la planta baja del Casino de Guadalema, con balaustrada al foro que da á una plaza de la ciudad. Á la derecha del actor la puerta de entrada á la sala. Á la izquierda una puerta de arco que conduce al interior del Casino. En las paredes «panneaux» al óleo que representan diferentes vistas de España. Convenientemente colocados, sillones, butacas y mecedoras. En toda la sala divanes adosados á la pared. Aquí y allá veladorcitos y mesas volantes. En el exterior, delante de la balaustrada del foro, sillas y veladores de hierro, protegidos por un toldo grande. Es de día y en el mes de Mayo.

JOSÉ RAMÓN está sentado á la izquierda del foro, ante una mesita. Á su lado en una silla tiene un periódico. COLMILLO lee «El Alambique» sentado á la izquierda, en primer término, y MOLERO le hace compañía mientras limpia una boquilla de ámbar con paternal cariño. Cuando concluye de limpiarla saca otra de espuma de mar, y así sucesivamente. No hace otra cosa el hombre.

Colmillo es un ente vulgar, con cara de bilis, bigote mordido, ojeras profundas y traje de un bazar de ropas hechas. Alguna que otra vez se le ven las cintas de los calzoncillos. Tiene el feo vicio de morderse las